

El actual asalto a la razón (Estados Unidos, noviembre de 2016) y los mitos modernos. Lawrence Krader y los mitos políticos. Pensadores críticos ante el nazismo: Cassirer, Lukács y Elias

Brígida von Mentz*

ISSN:

Pp. 2-3.

Fecha de recepción del artículo: marzo de 2017.

Fecha de publicación: agosto de 2017.

Título del artículo en inglés: *Today's assault on reason (usa, November 2016) and modern myths. Lawrence Krader and political myths. Thinkers critical of nazisism: Cassirer, Lukács, Elias*

Resumen

Ante la coyuntura política actual, abierta a partir de las elecciones en Estados Unidos de América, se propone una reflexión sobre los mitos políticos, de la mano de pensadores como Lawrence Krader y Ernst Cassirer, así como una rápida mirada comparativa a la historia de las sociedades norteamericana y alemana, pasando breve revisión a obras de Howard Zinn, Georg Lukács y Norbert Elias. La meta es comprender la larga duración de creencias de superioridad intrínseca de ciertos grupos humanos, la relación entre el resentimiento social y la generación de odios y fanatismos, y de manera específica, el sentimiento antimexicano presente en Estados Unidos.

Palabras clave: mitos políticos, Estados, Unidos, Alemania, 1920, 1945, sentimiento, anti-mexicano.

Abstract

Considering the political situation initiated with the elections in the usa, this essay proposes a general reflection on political myths in accordance with thinkers such as Lawrence Krader and Ernst Cassirer. It also takes a brief comparative look at the history of Northamerican and German societies, drawing on works by authors like Howard Zinn, Georg Lukács and Norbert Elias. The goal is to understand the continuing existence of beliefs in the intrinsic superiority of certain human groups, the relation between social resentment and the generation of hatred and fanaticism and, more specifically, anti-Mexican feelings in the usa.

Keywords: Political, myths, United, States, Germany, 1920, 1945, anti-Mexican, feelings.

*Profesora-investigadora del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) (mentz@cieras.edu.mx). Agradezco a María Eugenia Módena y a David Navarrete sus comentarios a una versión anterior de este ensayo.



Sin duda, el resultado de las elecciones norteamericanas de noviembre de 2016 exige un análisis histórico y social profundo para explicarlo. Este análisis también se requiere para entender en términos más generales nuestra época neoconservadora. Para ello quizá puede ser útil releer las descripciones y experiencias del nacionalsocialismo de filósofos, sociólogos e historiadores en Alemania, así como revisar el tema de los mitos y las creencias que mueven a los pueblos en tiempos de resentimiento y zozobra. Este ensayo intenta eso.

En una primera sección se describe la idea del mito en la obra del antropólogo y filósofo Lawrence Krader, observando la importancia de analizar los mitos para el estudio del pasado y del presente, así como la vigencia contemporánea de incuestionables creencias o mitos económicos, políticos y sociales. También se observan algunos rasgos del discurso de los nacionalsocialistas alemanes y de Donald Trump. Se trata en ambos casos de fuerzas políticas que asumieron el poder a partir de elecciones democráticas. En la segunda parte veremos algunos estereotipos y mitos de superioridad intrínseca frente a los “otros” en la historia social de Estados Unidos y de Alemania. También observaremos cómo se crearon chivos expiatorios y ‘parias’ que fueron culpados de todos los problemas nacionales, a la vez que se generaba una incuestionada fe en caudillos-magos que resolverían todos los “desastres” que se vivían en una época de profundo resentimiento alemán, después de la Primera Guerra Mundial y durante la inflación de la década de 1920. Nos guiarán para esto los testimonios de Ernst Cassirer, Georg Lukács y Norbert Elias, quienes relatan sus experiencias y analizan las crisis de su época y el nacionalsocialismo en Alemania.

Aunque evidentemente, las situaciones políticas y macroeconómicas de los dos periodos históricos —los años 1918-1945 y los actuales— son totalmente distintas, se observarán algunas analogías sociales e ideológicas, como el resentimiento social y el impacto en las masas de discursos nacionalistas, racistas y xenófobos. Se trata de épocas de indignación ante la extrema desigualdad económica, de desazón generalizado, de pesimismo, de desesperación de sectores sociales subalternos. Son contextos sociales e ideológicos similares que propician un Asalto a la razón.¹

Mitos históricos–políticos ayer y hoy. Lawrence Krader y Ernst Cassirer

Suele ser común en los populismos y nacionalismos el recurso de acusar de los problemas domésticos a los extranjeros, a los “otros”, como observamos en 2016, durante los meses de la campaña electoral estadounidense, en relación con los mexicanos. Pero también hay razones para pensar que la ola de sentimientos antimexicanos de los electores de Donald Trump tuvo un trasfondo histórico más amplio. Aunque el triunfo republicano responde actualmente a una violenta revancha de una población rural, obrera, desempleada, asustada, conservadora y profundamente resentida con las

1. Así se tradujo al español el título que Georg Lukács dio a su estudio sobre el irracionalismo desde el siglo XIX hasta Hitler, *Die Zerstörung der Vernunft*, publicado en 1954. La traducción literal sería más bien la destrucción de la razón. A pesar de sus juicios dogmáticos y exageradas generalizaciones, Lukács fue un importante conocedor de la historia de la filosofía, el arte y la literatura, y un protagonista político cuyas experiencias ayudan a conocer su época.

elites dirigentes y el partido demócrata, es importante analizar algunos pasajes de la historia social de Estados Unidos para comprender algunos mitos políticos prevaletentes en esa sociedad. Eso haremos en la segunda sección de este ensayo a partir de los análisis del historiador Howard Zinn.

En términos más generales, las actitudes etnocentristas y de exaltación de lo propio frente los “otros” están imbuidas en creencias y mitos escuchados por las personas en todas las sociedades, desde la infancia. Todos compartimos tales creencias cuando desde niños nos educan dentro de ciertos cánones clasistas, una religión específica (con su lenguaje y rituales), determinada instrucción y cultura identitaria e histórica, generalmente manejada hoy en día por el Estado nacional y su historia oficial; esto es, dentro de un marco de determinadas visiones del “nosotros” ante los “otros”. Por ello es importante reflexionar brevemente sobre los mitos, en este caso llevados de la mano de un antropólogo y filósofo estadounidense como Lawrence Krader, quien perteneció a la generación de Eric Wolf y Eric Hobsbawm.

Krader fue un estudioso y conocedor de la obra de Marx y estuvo relacionado con México por su amistad con Ángel Palerm y Guillermo Bonfil, quienes lo invitaron a impartir conferencias en el CISINAH-CIESAS. La última obra de Lawrence Krader, publicada después de su muerte acaecida en 1998, se denomina *Noetics. The Science of Thinking and Knowing* (Krader, 2010). La temática filosófica, sobre todo poética y literaria de este pesado volumen de más de 600 páginas, contrasta con sus obras que lo hicieron especialmente famoso por su saber etnológico e histórico, su conocimiento de las obras de Marx y su filosofía crítica.

¿Cómo entender que el autor de *The Peoples of Central Asia*, *The Origin of the State*, *Ethnological Notebooks of Karl Marx*, *The Asiatic Mode of Production*, *The Civil Society* y *A Treatise of Social Labor* se dedicara a temas relacionados con los mitos, con teoría lingüística y arte, epistemología y literatura universal? La contestación a ello radica en su visión integradora del ser humano y en su interés —desde su juventud vivida en Nueva York— por todo saber, por todo conocimiento, por el conocimiento en su máxima extensión que un individuo pudiera abarcar a lo largo de una vida de intenso —en verdad intenso— trabajo académico. Este artículo retoma sólo su visión del mito expresada en distintas obras.²

Como dice este autor, los mitos —independientemente de su procedencia (esotérica, política, religiosa, económica, etcétera)— son medios de orientación y acción en las presentes condiciones de nuestra vida (Krader 2003: 287). A diferencia de quienes vinculan al mito sólo con el pasado, con una ‘mentalidad prelógica’ o ‘primitiva,’ Krader subraya que vivimos hoy con tantas o más creencias y mitos, como pueblos considerados arcaicos o primitivos. Explica que “Todos los pueblos tienen la

2. La obra *Mito e Ideología* (Krader, 2003) se basa en estudios de campo realizados en los pueblos de Asia y Norteamérica, así como en textos bíblicos y de las culturas antiguas. Además, aborda el mito en la discusión académica amplia, desde los griegos y romanos hasta los filósofos del siglo xx; revisa con especial detenimiento los mitos de los pueblos del Pacífico Norte y menciona la visión del mito de Hegel y los hegelianos, de Frazer y Durkheim, Sorel, Pareto, Weber, Mannheim y Cassirer. El autor denomina “Teoría del mito” a otro apartado y ahí describe la visión de Claude Lévi-Strauss y de Edmund R. Leach. En otro capítulo trata la forma y sustancia de los mitos, y menciona los sagrados y seculares, aborda el Estado como mito y los mitos del Estado, el mito esotérico y la forma y sustancia del mito.

capacidad de razonar, pensar y conocer. Es más, reflexionan sobre el pensar y el saber, tienen sobre estos asuntos conocimientos, primero de manera esporádica, luego de manera sistemática, crítica y objetiva” (Krader, 2010: 86. Trad. BvM).

Así, todos los seres humanos tienen la capacidad de realizar observaciones empíricas, de formular opiniones científicas, expresiones de azoro, temor y respeto, así como de expresión lingüística, de creación del mito, de la poesía y arte. A la vez, en todos se encauzan temores y angustias a través de mitos explicativos, de creencias mágicas, irracionales y violentas. Los mitos no son solamente asunto del pasado, como sostienen muchos pensadores.³ La visión teleológica de un desarrollo humano ‘primitivo’ hacia cada vez mayor racionalidad, o de ‘etapas’ ‘inferiores’ o ‘superiores’ del desarrollo, es un eurocentrismo postulado y repetido desde el siglo XIX.⁴

Lo que habrá que enfatizar de la explicación —acá resumida en exceso— de Krader sobre el mito es que todos estamos imbuidos en algunos de ellos, porque desde la infancia nos comprometemos de manera acrítica con ellos al formar parte de un grupo social (Krader, 2003: 14). Como fenómeno social, el mito es interiorizado con un profundo compromiso. Lo característico de todo mito (independientemente de sus múltiples e innumerables características según cada época y cada pueblo) es la relación acrítica que los seres humanos tienen hacia él, pues es expresión de lo ‘intrínsecamente’ propio en tanto colectividad y grupo de pertenencia. En Occidente, por ejemplo, la convicción de la superioridad del cristianismo y la cultura europea basada en la Antigüedad Clásica es mítica hasta nuestros días, de la misma manera que el culto liberal y neoliberal al individuo (la “Robinsonada” ya criticada por Marx en el siglo XIX, pero totalmente vigente hasta la fecha) o la visión esencialista de Occidente como “civilización superior”. Pero creencias y mitos propician un sentimiento de unidad y comunidad. Es precisamente el surgimiento de ese sentimiento de unidad y comunidad, generado con mitos históricos, políticos, religiosos, con lo que buscan lograr intereses económicos y políticos, al manipular a las mayorías.

Aunque hay que subrayar que el contexto macroeconómico actual y de la primera mitad del siglo XX es totalmente distinto, sin duda nuestro tiempo del ‘neoliberalismo’ es producto de la manipulación ideológica que ya en el año 1945 describía Cassirer al referirse al nacionalsocialismo alemán.

Le ha tocado al siglo XX, nuestra gran época técnica, desarrollar una nueva técnica del mito. Como consecuencia de ello, los mitos pueden ser manufacturados en el mismo sentido y según los mismos métodos

3. Esta crítica se dirige a muchos analistas del mito que lo relacionan únicamente con el pasado de la humanidad. Es de interés para la antropología la discusión de Krader con Cassirer en su obra *Mito e Ideología*, (2003). Las obras fundamentales de este último, *Philosophie der symbolischen Formen* (1923-1929), se concentran en analizar filosóficamente la historia de la humanidad y, específicamente, el origen de la lengua, la religión, el arte y la ciencia. Estos tratados de Cassirer tuvieron un profundo impacto en la antropología. Sin embargo, su obra tardía, *Essay On Man* (1944) y *The Myth of the State* (1946) recibieron menor recepción.

4. La crítica de la teleología y de la visión ‘ascendente’ de la historia está relacionada con la errónea generalización y ampliación a toda la historia de la humanidad, de la historia de la tecnología y de la ciencia. Krader profundiza ampliamente en este tema en *Noetics*, así como en sus obras anteriores. Sobre el tema del eurocentrismo, la ‘ciencia’ y el ‘progreso’ en la historia, ver también B.von Mentz (2012a: 92-98).

que cualquier otra arma moderna, igual que ametralladoras y cañones. Esto es una cosa nueva y una cosa de importancia decisiva. Ha mudado la forma entera de nuestra vida social. Fue en 1933 cuando el mundo empezó a preocuparse algo respecto del rearme de Alemania, y de sus posibles repercusiones internacionales. Pero, de hecho, este rearme había empezado muchos años antes, aunque pasara casi inadvertido. El verdadero rearme empezó con la aparición y el auge de los mitos políticos. El rearme militar posterior era tan sólo una complicidad posterior al hecho; pero el hecho era un hecho consumado mucho antes. El rearme militar era solamente la consecuencia necesaria del rearme mental producido por los mitos políticos. Cassirer, (1985: 333 y 334).⁵

La manipulación de la propaganda comercial y los métodos de persuasión de la población económica y política fueron cada vez más sofisticados a lo largo del siglo xx, para lo cual las técnicas de la industria estadounidense del entretenimiento y la publicidad fueron cruciales. Esos métodos fueron imitados por todas las potencias hegemónicas y siguen siendo fundamentales para el sistema económico y político.⁶

Si observamos hoy la violencia del sistema capitalista salvaje y globalizador en que vivimos, que se exacerbó después de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo en las recientes décadas de poder de los oligopolios, la economía neoliberal y el dominio financiero mundial, destaca igualmente la manipulación política y económica de los seres humanos en muchos sentidos. Desde mi punto de vista, ocurre de manera similar a la manipulación totalitaria del estado nazi que describe Cassirer; pues como él observaba, siempre se han usado en la vida política métodos de compulsión y represión. Pero en los años veinte y treinta, del siglo pasado, los caudillos políticos no empezaron imponiendo o prohibiendo ciertos actos. Emprendieron la tarea de cambiar a los hombres para poder así regular y determinar sus actos. De manera análoga —pienso— dentro de las sociedades clasistas y violentamente desiguales, el actual hombre enajenado y consumidor irracional a ultranza es una creación del sistema económico y político de nuestros días. Es creado en todas las economías del planeta globalizado que asume el “American Way of Life.”⁷

Los mitos políticos y económicos de nuestra época no surgen libremente, no son frutos silvestres de una imaginación exuberante, sino —como expresa Cassirer— son cosas artificiales, fabricadas

5. En esta explicación Cassirer (1874-1945) omite, sin embargo, la relevancia que para la industria alemana tuvo el advenimiento del nacionalsocialismo: Se ejerció terror contra comunistas, socialistas y socialdemócratas y se controló el pujante movimiento obrero radical que simpatizaba con la Revolución rusa. Con su propaganda y mitología nacionalista, Hitler supo ganarse el apoyo de amplios sectores de la clase obrera. Además, el apoyo político a la industria pesada, química y automotriz (para sólo mencionar unos ejemplos) fue un factor decisivo para su llegada al poder. Nótese que el mismo nombre Volks-wagen es el prototipo del concepto de un ‘socialismo’ popular y nacionalista, que el partido nazi decía encarnar.

6. Numerosos analistas del nacionalsocialismo han observado cómo fueron imitados los métodos norteamericanos del cine y de la propaganda comercial, encaminados a mover los sentimientos, el orgullo, el culto al héroe.

7. Por ejemplo, el hecho de no poder vivir ya sin aparatos electrónicos. A la vez, la manipulación hacia el consumo irracional también asume características propias en distintos ámbitos sociales específicos, como la “libertad” de poseer y utilizar armas (en los Estados Unidos) o de poseer vehículos y correr en la autopista a 200 o 300 km por hora (en Alemania), entre muchos ejemplos más.

por artífices muy expertos y habilidosos. Considérese la labor de propaganda ‘científica’ del Dr. Goebbels (Jefe de Propaganda de Hitler) en la década de 1930 y también la actual manipulación masiva, sistemática y ‘científica’ de los medios televisivos, del cine, el internet y la homogenización global de los pueblos enfocada al consumo, la dependencia y la pasividad que requiere la economía hegemónica.

El primer paso que había que dar para cambiar al hombre, explica Cassirer, fue un cambio en la función del lenguaje (*ibídem*: 335). Por ejemplo, para atizar el antisemitismo y caracterizar como ‘negativo’ al capital judío y contraponerlo al ‘alemán,’ en su crítica a los bancos en Alemania los nazis emplearon el adjetivo ‘acaparador’ frente al ‘creador’; o sea, el capital acaparador (*raffendes Kapital*) de los alemanes judíos ante el capital creador (*schaffendes Kapital*) de los empresarios alemanes ‘arios’, y así sucesivamente.

Sin duda, quienes escuchamos la campaña de Donald Trump durante su contienda electoral observamos los cambios en el lenguaje que se hicieron evidentes en la pasión y violencia abierta en su discurso económico-nacionalista, en los eslóganes relacionados con el machismo y la grandeza (“Make America Great Again”), en la agresividad de las abiertas expresiones de odio hacia los mexicanos y en su repudio a los intelectuales (“I love the poorly educated”). Había en esos discursos nuevos empleos de las palabras, un ambiente de gran emotividad; se tocaban los sentimientos de los electores WASP⁸ pertenecientes a los estratos bajos de la pequeña burguesía y a la clase trabajadora que se sentían aludidos en su enojo y sentimientos de frustración económica y social, y por ello apoyaron al líder que encauzaba sus sentimientos y pasiones violentas. Lo que caracteriza hoy en Estados Unidos de América al nuevo lenguaje nacionalista no es tanto su contenido y su significación objetiva, sino la atmósfera emotiva que lo rodea y lo envuelve.

Explicaba Cassirer en su libro publicado en 1946 que en la Alemania de los años treinta para que la palabra [mágica] pudiera producir su efecto consumado había que completarla con la introducción de nuevos ritos. También a este respecto los caudillos políticos habían procedido de una manera cabal y metódica, y habían logrado un triunfo. Cada acción política tenía su ritual particular (*ibídem*: 336).

En relación con el ritual mediático, sin duda los cercanos a Trump y sus negocios contaban ya con los rituales masivos establecidos desde largo tiempo atrás por la industria del entretenimiento, como por ejemplo los showbusiness que él controló (concursos de belleza y otros más). Además, desde mediados del siglo xx en todas las sociedades ha crecido notablemente el control ideológico a través de dichas industrias, de los medios de comunicación masivos y de las modernas tecnologías electrónicas. Se elimina así cada vez más la esfera privada (cuyos detalles los mismos ciudadanos hacen públicos y entregan hoy a las redes sociales). Así, los modernos estados neoliberales ejercen un control totalitario cada vez mayor sobre las personas. Esto permite la penetración ideológica, la

8. Las siglas se refieren a White, Anglo-Saxon and Protestant: blanco o caucásico, anglosajón y protestante.

propaganda política, las explicaciones simplificadoras de la realidad, la promesa de una ‘cura’ general de todo “desastre” económico y político, la generación de un ambiente de odio y enfrentamiento hacia el “otro”, el “enemigo”. Como comenta en otro lado Cassirer, los manipuladores modernos (del mundo de la propaganda económica o de la política) saben muy bien que a las grandes masas les mueve mucho más fácilmente la fuerza de la imaginación y de los sentimientos que la pura fuerza física. Por ello, la profecía es un elemento esencial de las nuevas técnicas del poder.

Como escribía este filósofo en 1945, en el Estado totalitario de la Alemania nazi no existía la esfera privada. Cada acción política tuvo su ritual particular y toda la vida de los seres humanos “se inundó súbitamente con la marejada de los nuevos ritos”, que eran muy rigurosos, regulares e inexorables (ídem). Cada clase, cada sexo y cada edad obtuvo un rito propio y el descuido en uno de ellos significaba la desgracia y la muerte, y se convertía en un crimen de lesa majestad contra el caudillo y el Estado totalitario.⁹

Según este filósofo: “Nada puede adormecer mejor nuestras fuerzas activas, nuestra capacidad de juicio y de discernimiento crítico ni quitarnos nuestro sentido de la personalidad y la responsabilidad individual, como la persistente, uniforme y monótona ejecución de los mismos ritos” (*ibidem*: 337).

El lenguaje agresivo y provocador del presidente electo de Estados Unidos durante su campaña sin duda fascinó y a la vez paralizó —como diría Cassirer— a sus partidarios y admiradores. Prometió resolver todo de manera generalizadora, el “desastre” del país, el “desastre” de la economía norteamericana, el desempleo, la “decadencia” del país, etcétera. El filósofo alemán se refiere a cómo los mitos políticos —que él observó en Alemania nazi— paralizaron a las personas, y los hombres, vencidos y dominados, fueron cayendo, víctimas de los mitos de la superioridad germana, la pureza de la raza aria, la natural necesidad de expansión bélica y de crear una Alemania Grande Grossdeutschland, entre muchos otros. Estos mitos, a su vez, eximían de responsabilidad a los individuos, pues los caudillos eran los ‘magos’, los ‘médicos’ que prometían curar todos los males y que podían predecir el futuro (*ibidem*: 339-340).

Además de las evidentes razones económicas, sociales y políticas prevalecientes después de 1917-1918 (la revolución en Rusia!), que atizaban la polarización política y la desazón social en la Alemania de la posguerra, los pensadores que analizamos en este ensayo se remiten con amplitud a la historia del pensamiento y a la filosofía para explicar el surgimiento del nazismo. Georg Lukács (1885-1971), por ejemplo, se refiere explícitamente a Kierkegaard, a Nietzsche, a la filosofía de la vida, y a Dilthey y Simmel, Heidegger y Jaspers (Lukács 1967); en cambio, Cassirer hace alusión al romanticismo alemán, al antisemitismo de Gobineau y al culto al héroe de Carlyle. Ambos autores analizan el impacto de la obra de Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*) y de la filosofía de Martin Heidegger en la Alemania de la década de 1920.¹⁰ Cassirer resume sus argumentos al respecto

9. Cassirer constantemente hace referencia a las sociedades primitivas y al rigor de su ritualidad. Es también explícita su visión teleológica, lineal, ‘del mito al pensamiento racional’ (*ibidem*: 336, 338, 351 y 352).

10. El título de la obra de Spengler, *Untergang des Abendlandes*, debería denominarse, en sí, *Ocaso de Occidente*, si atendemos a una traducción literal; con ello expresaba el dramatismo que el autor invocaba.

diciendo que esa nueva filosofía debilitó y minó las fuerzas que hubieran podido ofrecer resistencia a los modernos mitos políticos. La filosofía de la historia de Spengler, que consiste en sombríos vaticinios de la decadencia y la destrucción inevitable de nuestra civilización, y una teoría ‘existencial’ como la de Heidegger, que considera el “estar arrojado” como una de las características principales del hombre (el ser echado a la corriente del tiempo, *Geworfenheit*), son doctrinas que han abandonado toda esperanza de participar activamente en la construcción y la reconstrucción de la vida cultural del hombre. Esa filosofía renuncia a sus propios ideales básicos y puede ser empleada “como instrumento flexible en manos de caudillos políticos” (Cassirer, 1985: 346- 347).¹¹

Al comparar en su obra el notable conocimiento científico y técnico acumulado por la humanidad con el inmenso atraso en términos políticos y sociales, Cassirer opina (*ibídem*: 348-349) que —por su irracionalidad— nuestros sistemas políticos del siglo xx parecerán a generaciones futuras como los antiguos libros de astrología a los modernos astrónomos. Lawrence Krader formula la misma idea (2010: 4-5) al hablar del contraste observado en la historia de la humanidad entre el avance en términos de ciencia y el deplorable estado de las relaciones sociales. Dice: “No hay evidencia de que nuestros sentimientos y relaciones hayan avanzado en términos morales o políticos durante los milenios, desde los inicios de la historia. Al contrario, las evidencias que tenemos indican que no hemos avanzado” (Trad. BvM).

Mitos históricos anglosajones y prusiano- alemanes

Si en la sección anterior se mencionan ideas y filósofos que —desde la perspectiva de los pensadores citados— propiciaron el florecimiento de mitos en general y del mito nacionalsocialista en particular, el desarrollo histórico concreto de las sociedades también nos ayuda a explicar cómo desde siglos atrás se generaron creencias generalizadas que refuerzan ideologías de superioridad y de identidad cultural, racial y nacional, por ejemplo en Alemania o los Estados Unidos.

Sin duda, desde tiempos remotos los grandes reinos y potentes civilizaciones urbanas surgieron a partir de intereses económicos y políticos, y se deben a guerras, genocidios y muchas otras atrocidades más, a pesar de románticas narrativas míticas y religiosas que se relacionan con la fundación de imperios (Rómulo y Remo en Roma, por ejemplo). Más cercanas a nosotros y relacionadas con el surgimiento de mitos políticos modernos están las transformaciones vinculadas a la expansión comercial europea en el siglo xvi, el colonialismo y el surgimiento del sistema capitalista y de los Estados modernos. Recordemos solamente algunas pocas especificidades concretas surgidas en determinados contextos históricos de fundación de los Estados modernos de Estados Unidos y Alemania, cuyos

11. Es imposible en este texto hacer justicia a la obra de Cassirer, que es amplia y compleja. Analiza la estructura del pensamiento mítico, la relación del mito con el lenguaje, con la psicología de las emociones y su función en la vida social. Después profundiza en la teoría política desde la filosofía griega, el Medievo, el Renacimiento y la Ilustración y, lo que en el contexto de este artículo es de especial interés, profundiza en los mitos políticos del siglo xx. Cassirer apunta la trascendencia de las lecciones de Carlyle sobre el culto del héroe, tema no muy alejado del interés de Max Weber, quien se obsesiona con el tema del “hombre carismático” en la historia. (Radkau, 2013).

mitos identitarios y profundas creencias políticas interesan para este ensayo. En el siglo *xvi* surgió y se profundizó el contraste entre el mundo anglosajón y el de habla castellana. El cisma religioso que dividió las sociedades de Occidente y la rivalidad económica y política se expresaron ideológicamente en un irracional odio mutuo entre esos dos mundos. La guerra de piratas (bucaneros ingleses y holandeses protestantes contra las fuerzas españolas) el posterior contrabando comercial sistemático en el Atlántico, el desarrollo de la industria en Inglaterra y de ciudades florecientes (al mismo tiempo que en Europa Central ocurrían las masacres relacionadas con la guerra religiosa de los Treinta Años, 1618-1648) finalmente desembocaron en el siglo *xviii*, y sobre todo en el *xix*, en la supremacía económica y comercial anglosajona. La construcción del imperio colonial inglés se reflejó, a su vez, de manera ideológica, en un mito de superioridad anglosajona ante todo el mundo, pero sobre todo frente a lo ‘católico’ hispano, mito constantemente reforzado por éxitos bélicos, tecnológicos y comerciales.¹²

Colonialismo y racismo están íntimamente conectados. Inglaterra y España, sociedades profundamente clasistas, obviamente llevaron al mundo de sus colonias americanas sus concepciones religiosas y sociales, y adaptaron sus estructuras legales a las diferentes situaciones concretas. Si en el mundo colonial hispanoamericano el individuo peninsular por su aspecto y origen era considerado de “calidad” español, (siguiendo cánones esencialistas aristotélicos del mundo monárquico-estamental) y superior a la población nativa o a la que surgía por mezclas raciales y culturales, los colonos ingleses en América se sentían intrínsecamente superiores frente a los indígenas y a sus vecinos hispanohablantes del sur.

La realidad colonial angloamericana, resultado —como todo imperio colonial— de conquistas y destrucción por la fuerza de las armas y el genocidio, y en la que, además, se introdujeron también esclavos provenientes de otras latitudes, era especialmente propensa a generar visiones de superioridad intrínseca en los conquistadores y colonos. Como describe el historiador estadounidense contemporáneo Howard Zinn (1990: 23), “no existe en la historia mundial un país donde el racismo haya sido crucial por tanto tiempo como los EE.UU. El ‘problema de la línea de color’ está aún vigente entre nosotros”.¹³ Al referirse al siglo *xvii* y la primera colonización en Virginia explica la desesperada necesidad de fuerza de trabajo de los colonos para poder subsistir y la importancia que tuvo la trata de esclavos de origen africano. El cautiverio de estos trabajadores devino pronto en una institución regular y caracterizó las relaciones de africanos negros y amos blancos. Con ello surge, como dice este historiador, la combinación de status inferior y pensamiento que rebaja y denigra, y ese sentimiento —de odio, de desprecio, de lástima o paternalismo— que llamamos racismo.

12. El naciente poderío inglés siempre negó, por ejemplo, los logros del primer Estado absolutista europeo, el imperio español. Sin entrar en detalles, y a pesar de las atrocidades españolas cometidas en nombre de ‘Dios y el Rey’, baste subrayar cómo se soslayaron aportes como la misma creación de ese vasto imperio, sus expresiones científicas renacentistas —entre ellas, por ejemplo, su arte de la navegación y cartografía o el estudio a profundidad de decenas de lenguas indoamericanas, creando artes y gramáticas—, su compleja estructura estatal con amplia legislación e institucionalidad, entre muchos otros.

13. Con la ‘línea de color’ se refiere a una expresión de William Edward Burghardt Du Bois. Todas las citas de la obra de Zinn son traducción mía.

A la vez, esos miles de trabajadores coexistieron siempre con un número sustantivo de indentured laborers, jóvenes blancos que, por estar atados a un contrato, tenían que servir por años a un amo. Los enganchaban, los secuestraban o los vendían sus parientes o superiores y eran transportados de los puertos ingleses a las colonias americanas. Ese tráfico con migrantes pobres fue un negocio de comerciantes y capitanes de barcos —totalmente equiparables a los “coyotes” actuales en la frontera mexicana del norte— que en tierra firme vendían su ‘mercancía humana’. Los colonos se aprovechaban así de adquirir un sirviente semiesclavo por el precio que exigían los intermediarios. Sería un trabajador que estaría atado a ellos y tenía que servir el número de años (por lo general alrededor de siete o diez) que se estipulaba en el contrato, sin poder ausentarse (*ibídem*: 42-43). Ante una realidad en la que los trabajadores negros y blancos fraternizaban, se aprobaron leyes en la segunda mitad del siglo xvii que prohibían esas relaciones y castigaban severamente a los sirvientes ingleses que ayudaran a los esclavos negros a huir, además de que se prohibieron matrimonios de blancos con negros, mulatos o indios atados a servidumbre o libres (*ibídem*: 31).

La esclavitud de personas capturadas en África creció con el sistema de plantaciones, pero hacia el siglo xviii también eran numerosos los esclavos en ciudades como Boston, New Haven o Nueva York. En esta última metrópoli, en 1712 el 10 % de la población eran esclavos. Las rebeliones y revueltas de esclavos de origen africano fueron numerosas y dieron lugar a que crecieran nociones de angustia y peligro ante los esclavos amotinados, se ejercieran actos de venganza contra ellos, se les equiparara con criminales y se profundizara el desprecio social hacia personas de piel oscura.¹⁴ A su vez, los colonos estaban atados al monopolio ejercido por los mercaderes ingleses; por ejemplo, en Virginia se daba una larga cadena de opresión, ya que los colonos y pioneros blancos saqueaban y aniquilaban a los indios, pero eran controlados mediante los impuestos y el poder político por la élite de Jamestown, y a la vez eran explotados por los mercaderes ingleses que adquirirían el tabaco a los precios que ellos dictaban para obtener ganancias impresionantes que los beneficiaban a ellos y a su rey (*ibídem*: 41).

El mito civilizatorio encarnado por los europeos en América está vinculado también a la expansión hacia el sur y el oeste de las Trece Colonias. Después de su independencia de Inglaterra, Estados Unidos continuó la expansión atizada por una inmigración europea agresiva y constante. Las condiciones de las economías alemanas y de Irlanda, Noruega, Suecia, Dinamarca, Italia y otros países europeos expulsaron impresionantes cantidades de artesanos (cuyos productos eran desplazados por manufacturas industriales), campesinos pobres y sectores de clase media; de esta manera, si en 1790 la joven república angloamericana contaba con 3 900 000 habitantes, para 1830 alcanzó una población de 13 millones.

La expansión de la impresionante cantidad de colonos que llegaron a las colonias angloamericanas estuvo, como es bien sabido, relacionada con la expulsión, la migración forzada a otros territorios y la aniquilación de las naciones indias. El avance de las oleadas de colonos hacia el oeste provocó una

14. Las crueldades se cometían en ambos bandos en esas polarizadas sociedades. Zinn relata que en 1741 en Nueva York había 10,000 blancos en la ciudad y 2,000 esclavos...ante el estallido de un misterioso gran fuego durante ese severo invierno, se hicieron investigaciones sobre quiénes habían sido los conspiradores y finalmente como castigo, se ejecutaron cuatro personas blancas, al igual que 18 esclavos negros, además de quemar vivos a 13 esclavos (*ibídem*: 36 y 37).

catástrofe cultural y demográfica. En 1800, durante la presidencia de Thomas Jefferson, 700 000 colonos blancos migraron al oeste de los Apalaches, hacia Ohio e Illinois al norte y a Alabama y Misisipi al sur. El presidente Jefferson, admirado por el científico liberal Humboldt, propuso en 1803 que los indios fueran incitados a formar pequeños asentamientos, que abandonaran la cacería y se dedicaran a la agricultura, que se incentivara el comercio con ellos para endeudarlos y que pagaran sus deudas con sus tierras. Así se obtendrían nuevos territorios para los blancos y a los indios se les conduciría de esta manera “to agriculture, to manufactures, and civilization...” (*ibídem*: 125).

Esa expansión del sistema económico hegemónico que requería de nuevas tierras incentivó a muchísimos especuladores, incluyendo a George Washington. Según Zinn, Andrew Jackson (a quien generalmente se le considera un héroe) fue especialmente cruel en las guerras contra los creek de Georgia, Alabama y Misisipi. Era un especulador de tierras, comerciante, mercader de esclavos y el enemigo más agresivo de los indios de la historia de Estados Unidos. Al ser nombrado funcionario y comisionado de los tratados con esta nación, él mismo se quedó con la mitad del territorio creek después de la gran batalla de 1814, en la que perecieron miles de indios. Este personaje jugó un papel central en la serie de tratados que se celebraron con los indios desde Alabama y Florida, hasta Tennessee, Georgia, Misisipi y parte de Kentucky y Carolina del Norte. Después de ser gobernador del territorio de Florida, Jackson fue elegido presidente en 1828. Como comenta Zinn (*ibídem*: 127-128), se le conoce en los libros de texto como el pionero de frontera, el soldado, el demócrata y el político popular, pero no el esclavista, especulador de tierras, ejecutor de soldados disidentes y exterminador de indios. El despojo a los indios se justificó con argumentos que hacían referencia a su atraso, su economía cazadora contraria a cualquier civilización, su condición inferior.

La expansión europea significaba el triunfo de la libertad, la religión y la ciencia, argumentaba Lewis Cass, secretario de guerra, gobernador del territorio de Michigan y candidato a presidente. Cass opinaba que los anhelos de adquirir propiedad, de honor y poder constituyen el avance de la sociedad, “pero nuestros salvajes tienen poco de esta constitución. Gente bárbara, cuya subsistencia depende de escasos y precarios recursos adquiridos en la cacería no puede vivir en contacto con una comunidad civilizada” (*ibídem*: 130). De esta manera, el mito del progreso de aquéllos que encarnan la civilización —los europeos— estaba directamente vinculado a la inferioridad de “los otros,” los salvajes, los bárbaros.¹⁵

En general, Estados Unidos resultaba especialmente atractivo para los europeos como república independiente, pues su sistema político causó auténtica admiración entre los liberales. Alexander von Humboldt, por ejemplo, expresaba su admiración con las palabras que dirigía al presidente Jefferson en 1803: “por razones morales no pude resistir visitar Estados Unidos y disfrutar la vista

15. Se trata del mismo mito que el antropólogo Eric Wolf denunciaba desde Estados Unidos de América al decir, “[...] many of us grew up believing that this West has a genealogy, according to which ancient Greece begat Rome, Rome begat Christian Europe, Christian Europe begat the Renaissance, the Renaissance the Enlightenment, the Enlightenment political democracy and the industrial revolution. Industry, crossed with democracy, in turn yielded de United States, embodying the rights to life, liberty, and the pursuit of happiness” (Wolf, 1982: 5).

confortadora de un pueblo que ha logrado asumir el regalo preciado de la libertad. Espero que me permita expresarle a usted personalmente mis respetos y gran admiración”.¹⁶

Inmersos en sistemas sociales y económicos feudales o semif feudales, muchas veces sin acceso a tierras que cultivar, con monarquías y principados autoritarios y sistemas sociales rígidos, para los europeos Estados Unidos encarnaba un paraíso de libertades individuales, de vastos territorios “libres”, un mundo sin ataduras. La esclavitud imperante en los estados sureños simplemente no se veía en esa idealización liberal. De esta forma se creó en Europa un estereotipo liberal proyectado en Estados Unidos como el admirado mundo libre que siguió siendo vigente hasta bien entrado el siglo xx en Europa (como se puede observar en la literatura).

El sentimiento antimexicano actual está relacionado con este estereotipo de Estados Unidos como admirada joven república liberal, pues se le comparaba en el siglo xix de manera negativa con México, una república (que contaba con un vasto territorio y sólo aproximadamente siete millones de habitantes) inmersa en el obscurantismo católico, una corrupción generalizada (personificada en el general Santa Anna) y una población mestiza, hispanohablante, atrasada, apática.¹⁷ Se combinaba el racismo colonialista con el viejo mito de la superioridad anglosajona sobre lo católico-hispano. Todo ello justificaba la expansión de un emprendedor Estados Unidos que llevaría la libertad y el dinamismo económico a toda Hispanoamérica. La anexión de las provincias norteamericanas a raíz de la guerra de 1846-1847 confirmaba a los estadounidenses la ineptitud mexicana. Según Zinn, la guerra causó gran entusiasmo y expectativas de obtención de tierras en los jóvenes de ciudades como Nueva York, Baltimore, Indianapolis, Filadelfia y otras más. El poeta Walt Whitman escribía en los primeros días de la guerra en el periódico *Eagle* de Brooklyn: “América sabe cómo aplastar, tan bien como sabe expandirse.”¹⁸

La convicción, la creencia y la fe generalizada era un mito que justificaba una expansión comercial y política. Estados Unidos distribuiría las bendiciones de libertad y democracia a más pueblos. Ese mito constantemente repetido a lo largo de las complicadas relaciones entre Estados Unidos y México se reforzó constantemente en el siglo xix. La rápida industrialización norteamericana de la segunda mitad de ese siglo se vinculó pronto con la economía de México a través de los ferrocarriles. Durante el régimen de Porfirio Díaz siguieron prevaleciendo los mitos de superioridad en los mismos términos que, probablemente, continúan hasta la fecha.

Decía en 1884 un ferviente partidario de las inversiones en nuestro país que el imperio estadounidense había completado su círculo al llegar al Pacífico, pero ahora no podía parar y debía dirigir su curso al sur, a México, “país magnífico de plata y un sol resplandeciente” (Anderson, 1984). Esa nación letárgica—continuaba—, acostumbrada por siglos a un estilo de vida primitivo y contenta de

16. Traducción BvM; citado en Mentz (2012b).

17. Sobre la imagen de México en contraste con los EE. UU., ver los periódicos de mayor difusión de la época en Alemania (Mentz, 1982).

18. La cita completa es: “Yes: Mexico must be thoroughly chastised! [...] Let our arms now be carried with a spirit which shall teach the world that, while we are not forward for a quarrel, America knows how to crush, as well as how to expand!” (Zinn, 1990: 152).

simplemente existir en sus territorios, tan profusamente dotados por la naturaleza, ha sido transformada repentinamente en un atleta por la gracia del toque mágico de los constructores americanos de ferrocarriles y está avanzando rápidamente a llegar a los grados más altos de la civilización moderna. Todo el maravilloso desarrollo se debía, según el autor, al vapor, a la electricidad, a los ferrocarriles, a mejoras en la maquinaria minera, a implementos agrícolas eficientes, a la inversión de capital extranjero y a las instituciones republicanas.

Los sentimientos de superioridad intrínseca, mitos justificadores y encubridores de intereses económicos muy dinámicos, acompañaron así la expansión económica estadounidense y su hegemonía política sobre el continente americano. Como han estudiado numerosos historiadores, la época de la Revolución mexicana y de las dos guerras mundiales fue especialmente álgida en cuanto a la injerencia política directa e indirecta de Estados Unidos en nuestro país.

En los años veinte, explican los historiadores estadounidenses, las clases medias estaban frustradas por la pésima situación económica, el Ku Klux Klan tenía millones de miembros, pero el trabajo político de la izquierda movilizó en gran medida esos sentimientos hacia los sindicatos, las confederaciones de granjeros y hacia movimientos socialistas (Zinn, 1990: 575).

Pero esto cambia después de la Segunda Guerra Mundial y sobre todo después de las décadas de 1960 y 1970. Estudiosos de los movimientos sociales en Estados Unidos durante las últimas décadas del siglo xx citados por Howard Zinn (como Murray Levin, autor de *The Alienated Voter*; o Donald Warren, autor de *The Radical Center*) señalan el distanciamiento del sistema político de los pobres e ignorantes en Estados Unidos, que sentían que el sistema no se interesaba en ellos. Estos estudiosos también señalan que después de la guerra de Vietnam la enajenación se difundió hacia familias arriba de la línea de pobreza. Warren afirma que esos trabajadores blancos, ni ricos ni pobres, estaban furiosos ante la inseguridad económica, infelices en su trabajo, preocupados por sus vecindades, hostiles al gobierno, y combinaban elementos de racismo con elementos de conciencia de clase. Al mismo tiempo estaban furiosos contra las clases bajas, a la vez que llenos de desconfianza ante la élite y, por tanto, "open to solutions from any direction, right or left" (*ídem*). Sin duda estos análisis apuntan hacia una explicación de lo que observamos en 2016.

La frustración y angustia de los wasp desclasados en EE. UU. tiene su paralelo con lo ocurrido en Alemania después de la Primera Guerra Mundial, pero para ello tenemos que observar también, brevemente, algunos rasgos de la trayectoria histórica de los estados alemanes.

También en la historia alemana ocurre una expansión territorial, económica e ideológica que puede equipararse al colonialismo inglés o hispano. En términos de evangelización de los pueblos de Europa Oriental, jugó un papel importante la Orden Teutónica de caballeros que se encargaron de someter militarmente y cristianizar a los pruzzos (un pueblo de lengua báltica) entre 1180 y 1250, aproximadamente. Además, desde la Alta Edad Media campesinos y mineros de habla germánica (sobre todo de las regiones del Bajo Rin), dotados con privilegios especiales, incursionaron de manera sistemática hacia el este. Los príncipes germanos se interesaban en esa conquista por razones económi-

cas, principalmente (en Sajonia y Bohemia los yacimientos de plata eran considerables) y así se sometió a la numerosa y dispersa población eslava. Esta historia de real conquista, pero también de mestizaje y convivencia entre culturas distintas, no figura de manera prominente en la historia oficial germana, que soslaya la verdadera importancia del trasfondo poblacional eslavo en toda la zona del centro y este de actual Alemania.¹⁹

Como los colonos campesinos germanos gozaban de privilegios y libertades políticas especiales y, además, muchos de ellos tenían oficios rentables, ejercieron el poder político, social y económico sobre la población rural nativa en las ciudades que se fueron fundando. Esto evidencia también que los mitos de una superioridad intrínseca germana sobre la población de cultura y lengua distinta se basan en una realidad económica colonial.

Fue compleja la relación entre alemanes y pueblos eslavos desde esos remotos tiempos, que se expresó no sólo en los procesos económicos y sociales, sino en innumerables guerras y conflictos entre príncipes alemanes, polacos y rusos.

La población de habla alemana que migró y se instaló en el este se sintió siempre superior ‘por naturaleza’ a sus vecinos originarios de esos territorios, ya que consideraba que había llevado el adelanto tecnológico, los saberes, las habilidades y natural eficiencia a pueblos que, desde su punto de vista, no contaban con esa ‘civilización’. Es importante recalcar que en este caso estamos ante sociedades clasistas y diferenciadas económicamente, y que generalmente, los que gobernaban, los ricos, los que tenían estudios, los médicos e ingenieros eran alemanes, a diferencia de la población eslava que en gran medida era campesina y rural. Norbert Elias (1897-1990) relata que a inicios del siglo xx era absolutamente normal en Alemania la discriminación de los polacos como pueblo menospreciado y de los rusos como ‘bárbaros’. Lo percibe así desde su ciudad natal, Breslau, hoy Wroclaw, Polonia (Elias, 1990: 28, 55).

Una característica histórica de los pueblos de habla germana fue la fragmentación en decenas de pequeños principados, lo que atrasó su unión política en una entidad mayor pero a la vez otorgó características propias a numerosas y económicamente florecientes ciudades manufactureras en el sur y occidente (Augsburgo, Nuremberg, Francfort), a prósperos puertos en el norte y a latifundios de los junker en el oriente. En este contexto se dio el fortalecimiento del estado prusiano en el siglo xviii y la profunda militarización de esa sociedad feudal (señores junker ante campesinos adscritos a la tierra). La incorporación de la nobleza dentro de la oficialidad del ejército presidido por el monarca dio un especial carácter guerrero a toda la sociedad, cuya industrialización fue tardía. En contraste con las numerosas ciudades de los principados alemanes del sur y occidente, Prusia vivía un atraso económico y político considerable.

19. Un ejemplo de ese soslayo es la historia oficial de la ciudad de Leipzig, que festeja su fundación en el siglo ix, pero silencia los siguientes siglos. No es sino hasta el siglo xiii, cuando recibe el estatus de ciudad, que continúan sus recuentos históricos. Sobre la compleja situación étnica, lingüística, religiosa y cultural en Europa Central desde el siglo viii hasta la actualidad, y en especial la relación de los alemanes con los kachubs (casubos), wends (wendos) y sorbs (sorbios). Véase Stone, 2016.

Por su estimación y admiración de la cultura y lengua francesa, el sentimiento nacional alemán surgió tardíamente. El mismo rey prusiano Federico el Grande (que tantos éxitos militares tuvo ante Austria, que era un implacable general y a la vez un buen músico) admiraba y se dejaba aconsejar por Voltaire, y prefería hablar francés. No fue sino a partir de la labor de filósofos y literatos —Kant, Herder, Hegel, Schiller, Goethe, los filósofos románticos ya mencionados en la sección anterior— que las elites empezaron a apreciar lo propio y sobre todo la misma lengua vernácula.

En términos políticos no fue sino hasta la invasión napoleónica que surgió un generalizado espíritu nacionalista alemán; sin embargo, los impulsos democráticos de las burguesías urbanas fracasaron ante el terror y la represión de las revoluciones en 1848 y 1849.²⁰ Finalmente, en 1871 se aprovechó el nacionalismo popular al lograrse la unidad política germana bajo la égida de Prusia (que dejó fuera al imperio austrohúngaro y su multiétnica población). En materia política se inventó “lo alemán” en contraste con lo francés. El mito del Estado nacional alemán surgió así en el siglo XIX con la creación en 1871 del ‘Segundo Imperio’ (en alusión al ‘primer y gran imperio de Europa Central’ de la Edad Media), dirigido por el canciller Bismarck y su militarismo recalcitrante de históricas raíces en Prusia. Su fundación se festejó en Versalles, después de la entrada victoriosa de las tropas germanas en la guerra contra Francia.

Esos triunfos bélicos fueron la base político-ideológica de un nacionalismo a ultranza y del sentimiento de la superioridad germana a fines del siglo XIX. Los mitos alemanes de superioridad, por lo tanto, son tardíos a causa del atraso político y falta de unidad territorial. Fue hasta 1871 que los distintos principados alemanes conformaron un Estado nacional propiamente dicho. Es decir, se trataba de una monarquía prusiana hegemónica que aún festejaba con aura feudal sus triunfos militares a la vez que la burguesía se fortalecía económicamente de manera impresionante en las distintas regiones.

Contrastaba en esa época la nobleza feudal agraria con la acelerada industrialización, dirigida por los distintos círculos industriales alrededor de las tradicionales ciudades manufactureras del sur y occidente del país, a las que se habían incorporado ya las ciudades del oriente.²¹ Esas verdaderas contradicciones —el mundo militar-aristocrático ante el burgués que lidiaba con masas proletarias, cada vez más organizadas por el partido socialdemócrata, los sindicatos y los grupos socialistas— se expresan, por ejemplo, en Nietzsche cuando decía en 1887 [citado por Lukács (1967: 271)]: “Aceptemos la realidad: el pueblo ha triunfado— o digámoslo, los ‘esclavos’ o ‘la chusma’ (el ‘populacho’) o la ‘horda’ (el ‘rebaño’), como quieran...”²² Se notaba ya un crecimiento incomprensible del sistema

20. Aunque sucumbieron los esfuerzos parlamentarios y democráticos, la burguesía se fortaleció con la industrialización que se dio de manera vertiginosa. También fueron acelerados los cambios demográficos, la población creció de 24 millones en 1816 a 68 millones en 1915. (Stolper, 1966: 26).

21. Por ejemplo en Berlín y Breslau. Max Weber estudió la situación laboral de la economía junker en su juventud, lo que indujo al joven abogado liberal a profundizar en la historia económica y social en términos más amplios. Cfr. Radkau, Weber. Es imposible resumir en breve espacio los procesos económicos complejos y la historia política e industrial alemana del siglo XIX. Pero hay que subrayar la pujanza política de las masas trabajadoras ciudadanas y la amenaza que significaban los movimientos socialistas para los industriales.

22. Lukács ve en Nietzsche el fundador del irracionalismo y cita su obra de 1887 *Genealogie der Moral*, aludiendo a que este pensador ya en esa época estaba convencido del triunfo de las masas proletarias y del socialismo en Alemania. También cita a filósofos nacionalsocialistas que aludían al Segundo Imperio como un reino de puro oropel, encaje y armamentismo, pero sin substancia propia.

capitalista, al que se percibía como salvaje y destructor de todos los valores (estamentales) anteriores. En todos los ámbitos crecía el clima pesimista y abierto a la irracionalidad, al movimiento nacionalsozialista del Tercer Reich descrito arriba y, además, se exacerbaba el antisemitismo.

La persecución de los judíos desde la Edad Media se dio a la par con la creación de chivos expiatorios y ‘parias’ como una constante en la historia de la humanidad, así como las creencias y mitologías que han conducido a caudillos y a masas a realizar razias, guerras, masacres.

Desde la época liberal del siglo XIX se tornó especialmente compleja la situación de los judíos en los estados alemanes. Habían adquirido derechos de ciudadanos, a la vez que se les limitaba el ejercicio de ciertos oficios y cargos. Pertenecían a muy distintos estratos sociales, entre éstos las familias pudientes de comerciantes y fabricantes en Berlín, Breslau, Viena, Budapest, Hamburgo, Colonia, Munich y otras ciudades. Se asimilaban en gran medida a la cultura urbana alemana, a la vez que participaban en las diversas agrupaciones judías, como clubes juveniles o liceos. Entre los grupos asimilados destacaban numerosos artistas, filósofos, médicos, publicistas, músicos. Las actitudes hacia ellos eran ambiguas, como por ejemplo la del mismo liberal Max Weber (1864-1920), quien abiertamente propagaba que debían aceptarse judíos como catedráticos en las universidades alemanas, a la vez que opinaba que no debía permitírseles entrar a la oficialidad del ejército prusiano. Aludía, como conocedor de las religiones, que su fe judía era completamente pacifista, lo que los debía excluir de dicha oficialidad; pero, conociendo los valores socio-políticos alemanes de su época, esa postura era claramente discriminatoria.²³

Como expresan los literatos, pensadores y científicos judío-alemanes que vivieron el advenimiento del antisemitismo feroz y la persecución nazi, su situación era sumamente contradictoria. Era “muy particular la experiencia de pertenecer a una minoría social estigmatizada y a la vez estar totalmente imbuido y cobijado en el flujo cultural y en el devenir del destino político y social de aquella mayoría que estigmatiza”, reflexiona Norbert Elias (1990: 158). Este historiador y sociólogo, nacido en Breslau había luchado en la Primera Guerra Mundial como soldado luego de terminar el bachillerato y relataba que “[...] la guerra transformó todo. Cuando regresé, ya no existía mi mundo [...]. No me imaginaba que la guerra iba a significar el fin del mundo que yo conocía [...].” También describía la profunda polarización política de la población alemana en la década de 1920, y cómo dicha polarización dio lugar al crecimiento de la violencia, al surgimiento de grupos de choque y ejércitos privados, y a enfrentamientos callejeros entre nacionalsocialistas y comunistas (*ibídem* 55-56).

El antisemitismo feroz se exacerbó sobre todo hacia 1932. Las experiencias del advenimiento del nacionalsocialismo y del antisemitismo, que mencionamos muy brevemente en la primera sección al seguir a Cassirer, podrían generalizarse a millones de judíos alemanes convertidos en parias y chivos expiatorios del terror y del mito nazi antisemita, que envolvía a las clases medias y bajas

23. La cartas de Max Weber, ampliamente analizadas por Joachim Radkau (2013) muestran un Weber distinto al idealizado por su esposa Marianne Weber en su biografía, que es la más conocida (Weber, 1975). Es de interés la autobiografía de Norbert Elias (1990: 49 y ss., 155 y ss.) en relación con el ambiente en Heidelberg en la década de 1920 y las discusiones políticas y académicas, entre otras con Karl Mannheim. Todas las citas de Elias son traducción mía.

alemanas.²⁴ Las elites industriales, además, temían el furor socialista de los trabajadores alemanes y eligieron, junto con las mayorías, de manera democrática a Hitler en 1933. Los sectores subalternos estaban frustrados por la situación económica de posguerra, la derrota militar y emotiva, el desempleo, la inflación galopante que desclasó a millones de familias alemanas, así como por el desorden político de la década de 1920, que los partidos políticos que promovían la democracia no lograron controlar.²⁵

Muchos elementos económicos más —especialmente el apoyo industrial— explican el advenimiento del Tercer Reich, pero no es éste el lugar para analizarlos, ya que este ensayo se concentra en el discurso y la elaboración de mitos histórico-políticos.

Podemos ahora resumir señalando que cinco tipos de mitos políticos se gestaron en Estados Unidos y en los estados alemanes desde muchos siglos atrás y están relacionados con guerras, expansiones territoriales e imposiciones religiosas, culturales e ideologías racistas. Concretamente serían:

- Mitos de superioridad política-técnica: a raíz de éxitos en conquistas, genocidios, triunfos bélicos propiciados por armamento ‘superior’ y tecnología ‘eficiente’. Estos mitos están relacionados con el fetichismo contemporáneo, en torno al avance tecnológico a toda costa, sin reflexión crítica sobre sus usos.
- Mitos de superioridad social ‘civilizatoria’: a partir de expansiones territoriales que se explican —en el fondo— por intereses económicos, pero que se disfrazan como un programa “civilizatorio” sobre pueblos considerados paganos, salvajes, apáticos, bárbaros y crueles.
- Mitos de superioridad cultural nacional ante vecinos: sostenidos por Estados nacionales ante países con los que se comparte una frontera y cuya población pertenece a otra cultura (lengua, religión, historia), como los alemanes frente a los polacos y las minorías eslavas en general, o los estadounidenses frente a los mexicanos.
- Mitos de superioridad cultural-religiosa: que justifican una expansión de la ‘verdadera fe’ cristiana en todo el mundo sobre los “otros” que se consideran “herejes”, y una exclusión histórica de las minorías judías en Europa, lo que devino en persecuciones, razias y un abierto antisemitismo que en la Alemania nazi condujo al holocausto.
- Mitos de superioridad racial a partir del color de la piel: relacionados —sobre todo— con la esclavitud y la subordinación social y laboral de grupos de aspecto “distinto”.

24. Elías mismo se consideraba “un judío alemán que vivió 30 años en Inglaterra” (*ibidem*: 101). Ante el antisemitismo alemán, grandes pensadores judíos de la época decidieron distanciarse de lo social y lo político en Alemania, pero no de la lengua y cultura. Las experiencias y reflexiones del austriaco Sigmund Freud (1856-1939), el checo Franz Kafka (1883-1924), el húngaro Georg Lukács (1885-1971), el búlgaro Elias Canetti (1905-1994) y el polaco Marcel Reich-Ranicki (1920-2013) —entre muchos otros— son dignas de estudiarse, considerando ese distanciamiento y esa compleja ambigüedad.

25. Como sociólogo interesado en explicar largos procesos psicológicos y sociales, Elías considera que, por el peso del autoritarismo estamental-monárquico en su historia, los alemanes habían adquirido —en contraste con los ingleses o franceses— una estructura psicológica de obediencia, ciega ante la autoridad y las fuerzas del Estado (*ibidem*: 77).

Conclusiones

Como se ha sostenido al inicio, todos estamos imbuidos en toda clase de mitos desde la temprana socialización. Los mitos surgen en todos los pueblos y en todas las épocas, y ejercen su fuerza al dar sentido, dar identidad, impulsar a la violencia contra “enemigos” o dar autoestima, o consuelo y sentimiento de unidad a las personas que con gran compromiso, fe y apego los sostienen.

Así, también la creación de chivos expiatorios y “parias” ha sido una constante en la historia de la humanidad, al igual que las creencias y mitologías que han conducido a caudillos y a masas a realizar razias, masacres y guerras. En la actualidad vemos en México tal irracionalidad y furia de manera muy concreta y cercana a nosotros.

Al observar que durante el año 2016 se hizo presente en Estados Unidos un movimiento político y social que se expresa en agresivos mitos nacionalistas, en un discurso de odio y racismo, hemos percibido símiles con los años veinte y treinta del siglo xx en los que surgió el nacionalsocialismo en Alemania. En el discurso norteamericano de los simpatizantes de Trump vimos cómo se reforzaba el estereotipo del “mexicano indeseado” (de piel morena, católico, hispanohablante) como chivo expiatorio para convencer a los electores de clase media y baja (que viven en zozobra una situación económica y social crítica) de que se les debe expulsar, que son dañinos a la nación y que nuestro país es el origen de los males que ellos padecen.²⁶

Hemos mencionado varias veces que las situaciones políticas y macroeconómicas de los dos periodos históricos (los años 1918-1945 y el momento actual) son totalmente distintas. Sin embargo, si observamos los siguientes cinco puntos, podemos concluir que sí existen semejanzas ideológicas y emotivas. Esos puntos serían:

Se trata de economías populares en crisis, gran desigualdad, endeudamiento y descontento de las familias (con grandes variaciones regionales en Estados Unidos).

Numerosos grupos sociales tienen una autoestima golpeada, viven angustias provocadas por el desempleo (en Alemania), por la amenaza de una movilidad social descendente (en Estados Unidos).

Se expande un culto al caudillo y al individuo fuerte y poderoso, y se tiene fe en que él resolverá mágicamente todo. Esto evidencia la continuación de la “Robinsonada” liberal-capitalista y del irracional endiosamiento de la importancia política propia (en Alemania nazi), de la riqueza y el uso de las armas (en Estados Unidos).

Ocurre una penetración ideológica y política: se cambia al ser humano, como decía Cassirer, con mitos de irracional superioridad racial, tecnológica, civilizatoria, entre otros. Se inculca animadversión contra intelectuales y científicos, todo es “intuición”, se atizan sentimientos de odio y hay

26. Elias escribió un libro llamado *The Established and the Outsiders* en 1965. Las reflexiones de un autor que sufrió en carne propia la discriminación, que vivió el odio que condujo a la muerte de su madre en Auschwitz, y que experimentó cierta enajenación en culturas y sociedades distintas, son de gran actualidad (Véase *ibidem*: 158 y ss.).

una negación irracional de situaciones objetivas incómodas para algunos intereses económicos (el calentamiento global, las políticas de desarme mundial, entre otras).

Prevalecen sentimientos de ansiedad y linchamiento, y ambientes sociales de zozobra generalizada que son proclives a generar fanatismos y a crear chivos expiatorios, odio y repudio ante los “otros”, culpables del estado de las cosas.

Los patrones de las formas de pensar, actuar y sentir de los seres humanos se conforman de manera articulada con el desarrollo de la sociedad a la que pertenecen, sostiene con razón Elias en sus obras. Así, la historia compleja y heterogénea de los estadounidenses, aquí solamente enunciada superficialmente, nos puede ayudar a explicar ciertas actitudes de algunos sectores y, con ello, ayuda a explicarnos nuestra época; en la que, a través de los medios, la cosmovisión que sustenta y expande Estados Unidos penetra e influye en nosotros hasta la médula de nuestro ser.

También las comparaciones pueden hacernos reflexionar. Todo periodo recurre al pasado, a determinadas fases de trayectorias anteriores, en la medida en que busca y encuentra en ellas analogías con sus necesidades del presente (Lukács, 1967: 325). En tiempos tan oscuros, se preguntaba con razón Cassirer en los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, ¿qué papel puede jugar la reflexión, la filosofía?, puesto que “destruir los mitos políticos rebasa el poder de la filosofía. Un mito es, en cierto modo, invulnerable. Es impermeable a los argumentos racionales [...]” (1985: 350-351). Y se contestaba a sí mismo proponiendo que la reflexión crítica puede hacernos comprender al adversario. Para combatir al enemigo hay que conocerlo: conocer el origen, la estructura, los métodos y la técnica de los mitos políticos que lo sostienen, conocer las debilidades y la fuerza de su movimiento. Esas serán, sin duda, tareas pendientes para los que observamos el advenimiento del poder de un personaje como Donald Trump y el fortalecimiento de odios y energías sociales destructivas y fanáticas entre ciertos sectores de la población de nuestro vecino del norte.

Bibliografía

Anderson, Alex D. (1884). *Mexico from the Material Stand-point*. Washington, D. C.: A. Brentano & Co.

Cassirer, Ernst (1969). *Was ist der Mensch?* Stuttgart: Kohlhammer.

_____ (1985). *El mito del Estado* (5ª reimpr.). México: FCE.

_____ (1998). *Filosofía de las formas simbólicas* [3 vol.] (2ª ed.). México: FCE.

Elias, Norbert (1990). *Über sich selbst. Biographisches Interview, Notizen zum Lebenslauf*. Francfort del Meno: Suhrkamp.

Korte, Herrmann (1991). “Norbert Elias in Breslau”. *Zeitschrift für Soziologie*, 20(1), pp. 3-11. Recuperado de www.jstor.org/stable/23845750.

Krader, Lawrence (2003). *Mito e Ideología*. México: INAH.

- Krader, Lawrence (2010). *Noetics. The Science of Thinking and Knowing*. Nueva York–Washington, D. C.–Baltimore–Berna–Francfort del Meno–Berlin–Bruselas–Viena–Oxford: Peter Lang.
- Longworth, Philip (1997). *The Making of Eastern Europe. From Prehistory to Postcommunism*. Londres: Macmillan Press.
- Lukács, Georg (1954). *Die Zerstörung der Vernunft*. Berlin: Aufbau Verlag.
- _____ (1953/1967). *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalismo desde Schelling hasta Hitler*. México: Ediciones Grijalbo.
- Mentz, Brígida [von] (1982). *México en el siglo XIX visto por los alemanes*. México: UNAM.
- _____ (2012 a). *La relación hombre naturaleza*. México: Editorial Siglo XXI-CIESAS.
- _____ (2012b). “¿Espía prusiano?, ¿cortesano liberal?, ¿científico apolítico? Notas en torno al autor del Ensayo político...”. En Covarrubias José Enrique y Matilde Souto Mantecón (coords.). *Economía, ciencia y política. Estudios sobre Alexander von Humboldt a 200 años del Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* [pp. 7-26]. México: Instituto Mora–UNAM.
- Mentz, Brígida [von] et al. (1987). *Empresarios alemanes el Tercer Reich y la oposición de derecha a Cárdenas* [2 Vol.]. México: CIESAS.
- Radkau, Joachim (2013). *Max Weber. Die Leidenschaft des Denkens*. Francfort del Meno: Deutscher Taschenbuch Verlag.
- Reich Ranicki, Marcel (1999). *Mein Leben*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt.
- Stolper, Gustav (1966). *Deutsche Wirtschaft seit 1870*. Tübingen: J. C. B. Mohr.
- Stone, Gerald (2016). *Slav Outposts in Central European History. The Wends, Sorbs and Kashubs*. Londres: Bloomsbury.
- Tar, Zoltán (1988). “Lukács y Weber: Utopía versus Realpolitik”. En Borja, Graciela (coord.). *György Lukács y su época* [pp. 69-88]. México: UAM-X.
- Weber, Marianne (1975). *Max Weber, A Biography*. Nueva York: John Wiley and Sons.
- Wolf, Eric (1982). *Europe and the People without History*. Berkley-Los Ángeles– Londres: University of California Press.
- Zinn, Howard (1990). *A People’s History of the United States*. Nueva York: Harper Perennial.